

tro hombre debe reconocermé á primera vista.

—Ciertamente, añadió Jorge con una sonrisa singular, al veros así vestido, juzgaria, sin duda, que no le temeis!

Un minuto despues, se hallaban dentro del coche, que tomó á galope el camino de la embajada del Brasil

XIX

XIX

LOS CABELLOS DE LA SEÑOBA DUQUESA.

Era una gran fiesta tiempo há anunciada, y con la que madama la duquesa de Rivas pagaba su bienvenida al mundo Europeo. *Todo Paris* debía encontrarse allí; como dicen los hombres de chispa, que redactan *las revistas de los salones* en los diarios *elegantes*. Se habia prevenido en las cartas de invitacion, que salvo el traje negro en los hombres, y los vestidos de baile en las señoras, toda clase de trajes eran admitidos. Aquellas permitian tambien el dominó, esta emboscada de seda del genio in-

ALFONSO ALFONSO

UNIVERSITARIA
D. A. N. E.

trigante. Madama la duquesa de Rivas no era una provinciala, puesto que ella venia de Rio-Janeiro, pero gustaba mucho de la intriga.

—Por pocas veces que hayais estado en Privas ó Quimper, debiais haber oido hablar de las intrigas del baile de la ópera.

—Ahí está el paraíso de las deliciosas intrigantes, y de los afortunados favorecidos.

—He oido contar á un sugeto de Tougeres, que se llamaba Chesnardel (Isidoro Antonio) que habiendo comprado al paso por el precio de cinco francos, cincuenta y un billetes, y provisto de guantes blancos de á veintinueve sueldos, fué admitido en el templo de los juegos, de las risas y de los amores.

—Lo creríais? apenas habia dado algunos pasos, cuando oyó una dulce voz que murmuraba en sus oídos:

“Chesnardel!”

—Se volvió al punto; era un dominó de raso con un capuchon, bajo el cual, dos ardientes ojos se percibian por los agujeros de una máscara de terciopelo.

M. Chesnardel, conmovido y lisonjeado al oír pronunciar su nombre á tanta distancia de su casa, dijo con voz temblorosa.

—Servidor, hermosa máscara.

El dominó prosiguió:

—Continuáis siendo tan buen hijo, Chesnardel? Tu hermano mayor se parece todavía á su padrino?

—Madama Chesnardel, te dice todas las noches....

—En fin, se interrumpió Chesnardel, detalles propiamente íntimos que prueban que se sabia en Paris todo lo que pasaba en Fougères!

Los caminos de fierro han arrancado á Paris una parte de su prestigio de Pontoise, que se halla á grande distancia, vienen sus habitantes á paseo á la capital despues de comer. Las intrigas del baile de la ópera, comienzan á perder sus atractivos, aun para los habitantes de San Malo ó de Bessiers.

Todo se acaba!

Cuando Chesnardel vuelva en el invierno próximo, en lugar de comprar un billete y unos guantes, tomará ocho medias tazas

en el Café-Concert, para oír á los laureados del conservatorio.

El patio del hotel brillantemente iluminado, dejaba ver á los pobres diablos agrupados delante de la puerta en la calle del Arrabal de Saint Honoré, la grande escalinata, que se asemejaba á una montaña de flores.

Del centro del patio, se elevaba hasta el vestíbulo, una ancha andera de rica alfombra.

El vestíbulo aparecía como el peristilo de un palacio de Hadas con sus gírnaldas brillantes, y sus mil luces de colores. Contemplando este grandioso espectáculo, los pobres diablos, permanecían con los piés sumergidos en la nieve derretida; una lluvia fina y helada les caía sobre las cabezas, pero ellos permanecían inmóviles.

Decíamos hace poco, que todo se acaba, que todo desaparece; llamamos, sin embargo, una concepcion honrosa, la de los bobos y bauzanes, que florecerá hasta el fin del mundo:

En la escalera principal habia tambien flores de esas hermosas desterradas, que

estrañan, á pesar del calor ficticio de nuestros invernáculos, el radiante sol de los trópicos. El ambiente estaba embalsamado con sus suaves perfumes.

A lo léjos, en los salones, se escuchaban ya los preludios de las orquestas.

Esta atmósfera de placer que tan voluptuosamente conmueve los corazones de diez y ocho años, esta sensual angustia del baile (vosotros sois viejos si criticais esta palabra; viejos y sin memoria) circulaba por todas partes. La casa estaba llena de vida, estaba llena de fiesta, con sus mármoles cubiertos de flores, con sus resplandecientes cristales y con sus pesados y espléndidos cortinajes.

Faltaban las mujeres; faltaba el movimiento y las sonrisas; pero en el fondo de la copa, vacía aún, se entrevía ya la embriaguez oculta.

Es hermosa la copa cuando está nueva y no se hallan empañados sus cincelados bordes con el contacto de los lábios; tambien la fiesta es bella cuando está en espera de su primer regocijo.

Mas lo que si entristece es la copa vacía

y goteando vuelta hácia abajo; lo que sí lastima es la desierta y fria sala, en donde el naciente día no encuentra mas que viciados perfumes y brillos apagados; cuerpo sin alma, y en donde no queda mas que un desórden inmóvil al derredor de una orquesta muda.

Eran las once de la noche; el maestro de ceremonias, á la cabeza de sus subordinados, dirigia la última vez su inteligente mirada con aire satisfecho.

El estado mayor del servicio desempeñaba su ronda suprema.

Blanca y sus marmitoues tenian su puesto de honor en la repostería. Chevet, tranquilo y grande como su fama, dominaba la cocina y preludiaba los preparativos de la cena.....

La señora duquesa de Rivas acababa de salir de su tocador. Era una mujer de veinte á veintidos años en todo el esplendor de su soberana belleza.

Era alta, su talle espléndido y esbelto al propio tiempo tenia unagracia incomparable.

Su rostro, de un carácter muy marcado,

de facciones puras y audazmente dibujadas, estaba iluminado por dos ojos negros como el azabache, rasgados, muy grandes, dulces cuando su alma estaba tranquila, altivos y terribles cuando la pasion los animaba. Eran dos ojos cuya mirada sabia acompañar en ciertos momentos la dulcísima sonrisa de sus lábios, así como en otros instantes realzaban el imperioso fruncimiento de su boca. Eran dos ojos de criolla española, tan pronto ardientes como lánguidos, bajo la negra y ancha franja de sus lindísimas pestañas, ora estuviesen animados por una loca alegría, ora se les viese hundirse en las etéreas regiones de la meditacion. Eran, en fin, dos ojos de esos que hacen pensar involuntariamente en las heroínas de los dramas castellanos, tiernas y altivas, rodeadas de hombres arrodillados, pero humildes y resignadas ante un hombre!

La señora duquesa de Rivas tenia los cabellos cortos.

Estaba peinada á la Ninon.

Esto, debemos decirlo, no casaba bien, con toda la espléndida belleza que irradiaba en su persona.

Era una cabellera de un negro brillante con reflejos azulados, plantada con tanta firmeza y con una abundancia tan ostentosa, que involuntariamente preguntaba uno por qué esos bucles opulentos cubrían apenas el cuello y el nacimiento de las espaldas? Hubiera uno querido verlos ondular en luengas trenzas. Se experimentaba hasta cierto punto una decepcion, como en el momento en que el ojo percibe que el ala de un hermoso pájaro cautivo está cortada. El hecho de haber cortado aquellos cabellos maravillosos, no podia llamarse un capricho: era una profanacion!

La señora duquesa de Rivas era el tipo de las mugeres á la moda. Muchas vizcondesas horribles habian hecho ya cortar, para parecersele, la pequeña cola de raton que les servia para detener las trenzas postizas.

El arrabal de San German se enorgullecía con la señora duquesa de Rivas: el arrabal de San Honorato se la disputaba; la calzada de Antin, adornaba con su nombre el programa un poco charlatan de sus fiestas.

Hablaban de ella hasta en los barrios mas retirados.

Los que la trataban de cerca la proclamaban amable é ingeniosa; los desgraciados sabian que era angelicalmente buena.

El señor duque de Rivas era joven aún y poseia una fortuna de príncipe. La maledicencia no se atrevia á atacar aquel matrimonio.

Apenas se habia notado, por esas gentes cuyo oficio es notar lo todo, que la señora duquesa de Rivas, tan brillante, tan envidiada, tan feliz en una palabra, llevaba algunas veces sobre la noble belleza de su rostro huellas profundas de melancolía.

De qué provenia esa tristeza?

La víspera aun, nadie en el mundo hubiera podido arriesgar una suposicion sobre tan delicado asunto; nadie, ni aun las camaristas de la duquesa, la señora Dalmas y la señorita Suzana. Pero el dia de la fiesta precisamente, un hecho singular habia tenido lugar llenando de alegria el alma de las camaristas.

Ambas se observaban mutuamente, desde aquel instante, y los zelos que son innatos en el corazon de las mugeres, se desarrollaban por momentos.

— Quién sería la confidente?

— La señora Dalmas, camarista distinguida, ó la señorita Susana, recamarera artista?

— Por principio de cuentas, diremos que ni una ni otra querían participar ni dividir aquel alto honor.

Una duquesa, á quien la maledicencia no se ha atrevido á roer jamás, debe dar propinas espléndidas á sus criados. Ved si la cosa era de perderse!

Para que esos destinos sean lo que se llama buenos, es preciso que la ama tenga algo que ocultar. En este caso el sueldo oficial, no es mas que el acuesorio de los gaejs misteriosos.

La camarista pasa al estado de alcancía y reune rápidamente con que casarse con algun empleadillo que la zurre de lo bueno todo el resto de sus dias.

Puesto que la señora Dalmas y la señorita Susana no querían dividir, había un secreto?

— He aquí lo que sabían la señorita Susana y la señora Dalmas:

— “La duquesa había traído de América una compañera de infancia llamada Isabel,

que se había casado en Francia con un agregado á la embajada. Isabel era muger de mundo y estaba muy bien recibida en todas partes, precisamente á causa de su intimidad con la duquesa.

En la mañana de aquel dia, Isabel había venido.

Las dos camaristas habían oído muy poca cosa de la conversacion entre Isabel y la duquesa.

Isabel había pasado la noche en el palacio de Boistrudan; esto era lo único que aparecía en claro.

Y luego se habían prouunciado algunos nombres:

El vizconde Enrique de Villiers;

El señor Jorge Leslie;

El conde Alberto de Rosen....

Uno solo de aquellos nombres era familiar á la Señora Dalmas y á la señorita Susana: Enrique de Villiers había frecuentado el palacio de Rivas, y aun en el concepto de las dos camaristas había emprendido alguna escaramuza contra el corazón inatacable de la señora duquesa. Era un caba-

ALFONSINA

U. A. N. L.

llero elegante y bello; pero habian visto estrellarse á tantos!

Era muy temprano aún cuando Isabel se retiró.

La señora duquesa no se habia levantado todavía.

Susana y la señora Dalmas la hallaron muy conmovida y no poco preocupada.

Susana creyó notar que habia llorado.

Isabel volvió dos veces en el mismo dia.

La señora duquesa no parecia acordarse para nada de que tenia en su casa un gran baile aquella noche.

No tomó ningun alimento en el almuerzo.

El señor duque tuvo que preguntarla si estaba indispuesta.

La señora Dalmas y Susana, decian para sus adentros:

—Esto marcha!

Y de hecho, esta clase de cosas comienzan siempre así.

Las dos camaristas aguardaban. La fiebre de la curiosidad las invadia: husmeaban positivamente una historia, y cada una de ellas estaba dispuesta á desplegar el mayor celo con exclusion de la otra.

El vizconde Enrique de Villiers tenia su preciosísimo *groom*, que era el mayor de los seis niños de una infeliz bordadora, á quien el exceso del trabajo habia hecho cegar. Esta familia reducida á los últimos límites de la miseria, recibió un dia la visita de un ángel. La duquesa subió las tristes escaleras que conducian al granero en donde la señora Lemièrre y sus niños morian de hambre y de sed. Desde aquel momento, todo cambió: el pan no volvió á faltar en la pobre buhardilla; las muchachas tuvieron trabajo, los niños fueron á la escuela.

El señor vizconde de Villiers, queriendo asociarse á tan buena accion, pidió al mayor de los niños y prometió crearle un porvenir.

Este niño era Juan.

Juan amaba á la duquesa de Rivas, como los devotos niños de la Italia aman á la Madona, madre de Dios.

Juan vino á buscar á la señora duquesa de Rivas, á eso de las dos de la tarde.

Susana y la señora Dalmas quisieron despedirlo; pero él dijo resueltamente.

—Me esperaré.

Fueron á avisarle á la señora duquesa, quien mandó que lo introdujeran á su presencia cada vez que se presentara.

Las dos camareras se miraron.

—Sea en buena hora! dijo la señora Dalmas.

—El *groom* tiene privilegio esclusivo, murmuró Susana.

Despues de un momento de silencio, empleado en arrepentirse de haber hablado, Susana dijo:

—Despues de todo, es el protegido de la señora!

—La cosa es sencilla, como no puede mas! apoyó la señora Dalmas.

XX

MISTERIOS

Juan, el lindo *groom*, permaneció un largo cuarto de hora, con la señora duquesa quien prohibió que la interrumpieran.

A las seis de la tarde volvió.

Susana, que logró entrar esta vez, en el momento en que él salia, vió que la pluma de la señora duquesa estaba húmeda.

Luego habia escrito.

Juan volvió otra vez á las diez de la noche, y la señora tornó á escribir.

ALFONSO

D. A. N. L.